

Gotas nada más

REPLICA a la consulta formulada por la señorita Mariví G., Moratalaz-Este, Madrid.

Mi querida amiga: comprendo su disgusto, incluso la tragedia que en mala hora se coló de rondón en su vida, y sólo le suplico que aplace por unos días la horrible determinación que me anuncia en su carta, tan llena, por otra parte, de felices análisis, de romances de ternura, de gestos de amor para quien la desprecia; en segundo lugar, quisiera, aunque bien conozco cuánto esfuerzo significa acceder a lo que voy a pedirle, que leyera hasta el final esta carta. Sí, querida Mariví, conozco perfectamente lo que supone que le abandonen a uno, cuánto cuesta remontar los empinados obstáculos que levantan ante la vida propia la ingratitud y el desamor ajenos. Yo mismo me he encontrado no pocas veces en parecidas circunstancias, y aunque, ciertamente, la fe cristiana, salvadora, me ha ayudado a salir siempre del trance, es lo cierto que la férrea decisión de huir hacia

adelante, de no dejarse hundir, es la condición primera para hallar alivio a nuestros males. Lo que me cuenta, no obstante, es terrible. Me dice usted que, a poco de conocerse los dos en determinado lugar de Madrid, hubo de invertir usted su fortuna, sus ahorros, y que poco después, llevada de un amor tan ciego como inmerecido, llegó a realizar horas extraordinarias en su empresa para poder mantenerle a él con decoro. Se me alcanza también que su comportamiento no podría encajarse, en rigor, dentro del canon estricto de la moral tradicional; pero no es menos cierto que su misma torpeza, su incierta reflexión, es práctica habitual de tantos hombres y mujeres que, llevados de una pasión incontrolable por el espejuelo de la libertad, se han decidido a trabajar y hasta a vivir para otro, a consentirle y verle sus gracias, a aceptar el parasitismo como algo natural en sus vidas. Y, sin embargo, todo hubiera funcionado bien, usted misma lo reconoce, si la relación entre ustedes no hubiera engendrado gastos salvajes y progresivamente crecientes, si él hubiera gozado al menos de buena salud, si sus exigencias se hubieran detenido en un nivel razonable; y si, finalmente, en justa compensación, le hubiera otorgado a usted sus favores, si no con amor, con la gratitud y la liberalidad, cuando poco, que suelen ser prendas naturales de los espíritus bien nacidos. Pero me escribe usted, querida Mariví, que a sus constantes atenciones, a sus mimos diarios, él respondía con negativas repentinas, con frialdades inexplicables, con reiteradas y cada vez más costosas peticiones, como si hubiera intuido de algún modo que, a partir del instante en que tuvo usted la desdicha de conocerlo, gozaba de patente de corso, quizá extendida por el desdichadamente difuminado Nacho Camuñas, para saquear su corazón y su bolsillo con aborrecible alarde de impudor chulesco. Con todo y ser despreciable la constante saca que efectuaba él en su modesto sueldo de talarbartera, todo lo hubiera soportado usted, lo sé,

si al menos, como queda dicho, su amor hubiera disfrutado de buena, cuando no excelente, salud. Pero empezó a enfermar, y cuando a estos individuos, tan degradados por la vida que arrastran, comienza a estropeárseles algo, una viscera, ya no paran, y hoy es esto, mañana aquello y, en suma, jamás se sabe si, en la madrugada húmeda y fría, no nos van a abandonar a la salida del "bingo" o del bailongo, víctimas de un soponcio tan imprevisible como costoso. ¡Si al menos él disfrutara de la maravillosa atención médica que dispensa nuestra Seguridad Social! Pero me dice usted en su carta que no es este el caso, y cada vez parece, además del

consiguiente susto, representa para usted un motivo de inquietud económica. Pues bien: mi sano consejo es que lo abandone, ya que lo de ustedes se trata, evidentemente, de una relación masoquista y sin futuro; que él se busque a otra, o que se resigne a la soledad, a la muerte lenta, a la pausada agonía de los días y de las noches sin la compañía de persona alguna a quien ha-

cer objeto de sus numerosas estafas, pues de esta forma, y sólo así, cabe calificar el comportamiento de quien le quita a usted el ánimo y la alegría de vivir. Soy plenamente consciente de que incurro en el primer pecado que debe eludirse en todo consultorio sentimental, al confesarle que yo también me he sentido víctima, hasta fecha reciente, de una situación semejante. Y no necesito apelar a la ética para recomendarle fervientemente que llame al taller y le diga al mecánico que no efectúe el arreglo del carburador y que se olvide del cambio de batería. Si acto seguido acude usted a la gasolinera donde habitualmente le surte a él de carburante y se despide de la manguera para siempre, la felicidad puede volver a su vida y la angustia será un mal recuerdo que su nueva situación de separada le hará olvidar de inmediato; en el caso de que desee alcanzar el llamado orgasmo místico, que es cosa sutil y maravillosa, le sugiero que llame a mis amigos chatarreros de San Martín de la Vega y les ofrezca, a cualquier precio, su automóvil. Porque esa tiranía, Mariví, hay que desterrarla de nuestra vida, y aunque sé que no es usted persona de inquietudes políticas, no renuncio a decirle que, detrás del acto que le sugiero, está el primer paso violento de la revolución. Después está, quién lo sabe, ay, el socialismo, o la nada. Y mientras llega cualquiera de esas dos cosas, o alguna otra que se inventen apropiadamente Jimmy Carter y el capital internacional, solicito su permiso para ir a recogerla a la salida del "bingo": le saldrá más barato con mi tándem, mucho más; robustecémos el miocardio pedaleando al unísono por las cuestas de Moratalaz, y dejará de chulearnos este pestilente Estado, este corsé insostenible y voraz, tan viejo y tan pendejo, que alumbró en mal día, solamente para beneficio de unos pocos, el artefacto canalla que le aconsejo vender. Ya está bien, Mariví, se lo digo de verdad. Se lo dice el viejo Aristides, que ya ha vendido el suyo. ■

A UNA CIUDADANA MALTRATADA POR LA VIDA

(De la serie "El consultorio inercial de Aristides Schievo")

ANTON AMARGO

Testimonios del somocismo

LA caída de la tiranía somocista ha sido, junto con la de los otros nulos, sangrientos y fecales dictadores —Reza Pahlevi, Idi Amin, Bokassa, Macías y Pol-Pot— un suceso que ha venido a dar alegría al tenebroso panorama en que se encuentra la Tierra. Pocos son los estudios, a excepción del caso de Guinea, tan cercano a nosotros, que sobre esas dictaduras y su proceso de desintegración han llegado a las librerías españolas, a pesar de que, como en lo que respecta a Irán, la bibliografía sobre el tema producida fuera de nuestras fronteras es bastante numerosa.

La defenestración de Somoza por el Frente Sandinista causó un gran impacto en España, pueblo del que se dice fue quien mayor ayuda moral y económica prestó a los que luchaban por acabar con el "sátrapa" —parece que también hubo sus negocios de armamento con la dictadura—. Ahora comienzan a llegar, vía América Latina, una serie de libros sobre ese período histórico.

Uno de ellos es precisamente un viejo escrito de Pedro Joaquín Chamorro, cuyo asesinato desencadenó la fase final del proceso y el alineamiento de casi toda la burguesía nicaragüense al lado de las guerrillas sandinistas. Se trata de un relato en que Chamorro, prominente miembro del Partido Conservador, dueño y director de "La Prensa", cuenta

Guerrilleros sandinistas celebran la caída de Somoza.

